

ESTE PERIODICO  
se publica

LOS DOMINGOS.

PRECIOS

DE LA

SUSCRIPCION:

UN PESO AL MES EN LA HABANA

y 30 re. fts.

POR TRIMESTRES ADELANTADOS

EN EL INTERIOR

FRANCO DE PORTO.



LA REDACCION

y Administracion

RICLA, NUM. 88

A DONDE

xx

DIRICIRAN

TODAS LAS COMUNICACIONES

y reclamaciones.

EL NUMERO SUELTO SE VENDE

EN LA ADMINISTRACION

a DOS REALES FTS.

# EL MORO MUZA.

PERIODICO ARTISTICO Y LITERARIO,

AÑO ONCE.

DIRECTOR: J. M. VILLERGAS.

CARICATURISTA: LANDALUZE.

## LOS DEFENSORES DE LA INTEGRIDAD NACIONAL.

Hemos recibido un buen retrato del valiente Comandante Montaño, y ese retrato litografiado con la perfección de costumbre, adornará nuestra excelente Galería en el próximo número de este periódico.

### ¿Y QUE DIJO LA ACADEMIA?

#### ARTICULO II.

He dicho que, al parecer, el Sr. Ayala tenía motivos para estar muy contento cuando leyó su avinagrado discurso de recepción, y lo repito, porque, al fin, el Sr. Ayala creo que ha de ser de los que estiman en algo ciertas distinciones; pero también pudo suceder que tuviese mas razones para estar enojado que para estar contento, ya por haber observado el fenómeno de que las Academias, para ofrecer á los escritores de mas ó menos talento, y de menos ó mas reputación, las sillas que tienen vacantes, aguardan generalmente á ver en candelero á los amigos políticos de dichos escritores; ya por comprender la triste verdad del conocido epitafio:

*Ci gît un homme qui ne fut rien;*

*Pas même académicien,*

ya, en fin, por recordar la cargante recomendación que de la Academia francesa hizo Voltaire, diciendo que, en prueba de la importancia literaria que tenía la expresada corporación, había en ella generales, altos funcionarios, títulos de nobleza, palaciegos... y alguno que otro literato.

Pero no; el Sr. Ayala no pensaría en estas contrariedades de la gloria, y si estaba enojado, sería por las cosas que han ocurrido en nuestra Patria después de la revolución de Setiembre.

Lo que sí, se puede asegurar es que revelaba muy mal humor, y que aprovechando con admirable inoportunidad la ocasión que se le ofrecía para tomar el desquite del *summum jus* con que hace cerca de un año fué tratado otro discurso suyo por la opinión pública, no se anduvo en chiquitas, sino que la emprendió de firme contra todo el pueblo español, que ninguna culpa tenía de que á él le hubieran nombrado académico.

El desahogo requería, por la parte mas corta, un pretexto, y este lo halló el Sr. Ayala en los siguientes versos del ilustre Calderon:

«Muley, amor y amistad  
En grado inferior se ven  
Con la lealtad y el honor:  
Nadie iguala con el rey,  
El solo es igual consigo.»

Estos, y otros conceptos por el estilo, han sido calificados de adulaciones por críticos nacionales y extranjeros, y aseguró el Sr. Ayala que tenía necesidad de vindicar á Calderon de un cargo que le parecía injusto, en lo cual, permítame decirle que desempeñó á las mil maravillas el poco airoso papel del amigo torpe. Sí, porque cuando tanto bueno se puede decir en obsequio del mas grande de nuestros ingenios dramáticos, hasta para encarecer aquellas infracciones del arte que las clásicas intransigencias han tildado de extravios, ¿quién sugirió al Sr. Ayala el mal pensamiento de mencionar siquiera el único cargo que no tiene contestación, entre los muchos que se han dirigido al buen Calderon de la Barca?

Efectivamente, lectores, hay conceptos que nunca debieran imaginarse, cuanto mas

escribirse, y uno de ellos es ese de que los reyes, hasta en la lealtad y el honor son superiores á sus súbditos, afirmación con que se dá un desapiadado revés á la dignidad humana, sin mas fin que el de lisonjear el orgullo de los poderosos.

¡Qué! ¿Hay algún hombre decente y de juicio, que sinceramente crea tener menos honor y menos lealtad que otro? Si alguno llevase su monárquica exaltación á tal extremo, bien haría el rey en no fiarse de él, porque todo príncipe que quiera ser bien servido, y no esté loco, debe desear que sus servidores tengan el honor y la lealtad, como suele decirse, á prueba de bomba. Seguro estoy, por lo tanto, de que el realista mas entusiasta rechazará la injuriosa suposición de que sea superior á él, en los puntos del honor y la lealtad, el mismo señor por cuya vida y corona esté dispuesto á derramar toda su sangre.

Si alguna defensa tenía Calderon en el particular de que se trata, sería decir que el defecto en que incurrió como cortesano, es comun á la mayoría de los poetas.

Augustia causa, realmente, ver á Virgilio merecer los favores de Augusto, por haber dicho que este compartía el imperio del universo con Júpiter, todo porque llovió una noche y escampó al dia siguiente, con lo que pudieron continuar unas fiestas públicas:

*Nocte pluit tota, redeunt spectacula mane:  
Divisum imperium cum Iove Cesar habet.*

Grima dan también las hiperbólicas alabanzas que el gran Horacio hizo con su pluma en la ciudad, al mismo Augusto á quien había combatido con las armas en el campo. Y como las excepciones honrosas son tan

raras entre los vates, de ahí que aumente la veneración con que miramos al inmortal Quintana, que, condenando la servil rutina, dijo en su introducción la oda que dedicó á la imprenta, refiriéndose á los niños mimados de las Musas;

Y si quereis que el universo os crea  
Dignos del lauro en que ceñis la frente,  
Que vuestro canto, enérgico y valiente,  
Digno tambien del universo sea.

¿Cómo defendió el Sr. Ayala lo único que en Calderón no tiene defensa?

Dijo, y dijo mal, que, prescindiendo de las ideas que entonces dominaban sobre el derecho divino que hacia imposible la adulación, «hay en nuestro carácter alguna cualidad que ha hecho mas necesaria en España que en ningún otro pueblo la preponderancia del principio monárquico» (1) y concluye el párrafo: «Es, sin disputa, nuestra indómita soberbia que, fecunda en todos los efectos de la discordia, ha buscado un escudo contra sus propios excesos, extremando la suprema autoridad de los reyes,» lo cual, si algo prueba, por de pronto, es que, para llegar á tener asiento en la Academia, no es la lógica un requisito indispensable, no hace falta el conocimiento de la Historia Universal, y puede hacerse abstracción del patriotismo.

Vamos por partes.

Suponiendo el derecho divino en todo su auge, ¿no incuraría en la nota de adulador el que ensalzase mas de lo justo las virtudes de los monarcas, y mas si estos eran Felipe IV y Carlos II, bajo cuyos reinados escribió Calderón sus principales obras? ¿Dónde está la imposibilidad que ha encontrado el Sr. Ayala?

Después de eso, ¿en qué libro, que nosotros no conocemos, ha aprendido el reciente académico la especie de que nuestros reyes han tenido autoridad mas extremada que los de otros pueblos de Europa? Dejando á un lado á Inglaterra, que no precedió por cierto á España en el conocimiento y prácticas del gobierno representativo, ¿qué menos discrecional el poder de los reyes de Francia que el de los nuestros, que no soñaron en regalar á sus súbditos las garantías poco constitucionales de la Bastilla y de las cartas de prisión que tan sombría celebridad han alcanzado en el mundo? ¿Cuándo nuestros reyes absolutos han ejercido una autoridad mas arbitraria que la que hasta hace pocos años disfrutaron los de Nápoles, Austria, Prusia, Dinamarca y otros estados europeos, ni tanto como la de que todavía está hoy revestido el emperador de Rusia?

Proclame, en buen hora, el Sr. Ayala las excelencias del principio de autoridad; pero guárdese de falsear la historia para hacer al pueblo español de peor condición que los otros; porque sobre eso habrá quien le diga cuantas son cinco, si no se lo dijo la Academia.

(1) Debo declarar aquí que no es mi objeto atacar el principio monárquico al combatir los errores del Sr. Ayala. Si este hubiera generalizado la idea, yo no le diría nada. Lo que no puedo permitir es que se tenga por mas ingobernable á nuestro pueblo que á otro cualquiera, y que eso crea haberlo probado quien muestra no tener mas que atrevimiento para decirlo. *Nota del M. M.*

Por ahora me limitaré á declarar que conibo y respeto todas las opiniones políticas, que nada tienen de comun con el vandalismo, ni con la traición á la Patria; pero exijo que los que las sustentan sean consecuentes. Partiendo de este principio, pregunto: ¿Es el absolutismo neto lo que ha ido á deferir el Sr. Ayala en la Academia? Pues está en su derecho; pero si tales ideas tiene, no debió adoptar el programa democrático de los hombres que en 1868 derrocaron la dinastía secular de los Borbones, y además, para sostener ó refutar doctrinas determinadas, no es necesario, ni conveniente, ni patriótico, ni justo vulnerar el carácter del pueblo español, como lo ha vulnerado el Sr. Ayala en la parte de su discurso de recepción á que habré de consagrar otro artículo.

EL MORO MUZA.

►►►  
HACE BIEN.—HACE MAL.

Espartero no acepta la corona y hace bien; aunque tambien hace mal; pero muy bien; pero muy mal; muy bien y muy mal á un mismo tiempo.

Difícil parecerá que yo pueda sostener esto; pero despues que he visto en un apreciable colega sentar con inaudito aplomo la idea de que el imperio francés debe influir grandemente en los destinos de Europa por la situación topográfica de la Francia, (1) nada encuentro imposible.

Digo, pues, que el ilustre soldado de Luchana hace bien y hace mal en rechazar la corona, que sin duda por respetable mayoría le iban á ofrecer las Cortes Constituyentes.

¿Por qué hace bien, cuando hace mal, y vice-versa? Estaba tentado por no decirlo, para que con el misterio tomase mi proposición el aire de sublimidad que en las patochadas de los oráculos hacían ver las antiguas preocupaciones.

El caso es que si no lo digo, no faltará quien crea que es porque no lo sé, y mi gozo cayó en un pozo. Voy á decirlo, ¡qué diantra! para que se vea que no siempre mi ignorancia busca el refugio del silencio.

Pero ¿y si lo digo y no tengo la suerte de probarlo? Vaya, es evidente que en decirlo arriesgo mas que en callarlo, y por consiguiente..... no lo digo.

En verdad, creo que habría razones para demostrar que hace bien el valiente y honrado veterano del ejército español en no admitir el cetro con que se le quería brindar últimamente, y allá van algunas de esas razones.

1<sup>a</sup> Si juramentos anteriores le obligan á ser consecuente con la dinastía que cayó en 1868, claro es que hace bien en no admitir la corona con que se le ha brindado.

2<sup>a</sup> Si estando en libertad de obrar, y viendo que en el apuro en que se encuentran, se acuerdan de él ahora los progresistas de *La Iberia* y otros que le relegaron al olvido, y casi al desden, tan pronto como se vieron en el poder y creyeron que podían pasarse sin su apoyo, hace bien; pero muy bien en rechazar la corona.

(1) No la posición geográfica, sino la topográfica, que fué la que á mí me chocó. *Nota del M. M.*

3<sup>a</sup> Si considera el incuestionable valor moral que le han dado sus servicios á la Patria, su acriollada honradez y hasta la sábia conducta que viene observando, particularmente desde la revolución, y vé que en premio de sus altísimas virtudes se le ofrece, como desecho utilizable, lo que han rehusado un D. Fernando de Portugal, un duque de Aosta, un duque de Génova y otros señores que nada han hecho, y probablemente nada serían capaces de hacer por nuestro país, salta á los ojos que hace bien, mil veces bien, el anciano patriota, en no querer la corona con que á última hora se le brinda.

4<sup>a</sup> Si, prescindiendo de todos esos inconvenientes, vé que en el estado á que han llevado las cosas los desaciertos de otros hombres, puede perder su prestigio, sin tener la seguridad de fundar algo estable, hace bien, lo que se llama bien, en preferir la tranquilidad que le asegura su retiro, á las agitaciones de la vida pública, que tendría que experimentar aceptando la corona.

5<sup>a</sup> En fin; cuando tanto bullen las ambiciones humanas, que no reparan en obstáculos para llegar á sus fines; cuando se vé á una reina destronada suspirar porque su hijo ciña su perdida corona, aun comprendiendo que ese hijo pudiera ser menos afortunado que ella; cuando se observa la actividad con que organiza la guerra civil el pretendiente D. Carlos, sin reparar en los males que puede causar á la nación; cuando se dice que el duque de Montpensier trabaja como un desesperado por sentarse en el trono que fué de su cuñada Da Isabel y que otros pierden el sueño sintiendo el agujón de aspiraciones idénticas, hace bien Espartero, á quien se halaga con el brillo de la corona, en probar que aun hay humildes hijos del gran pueblo castellano que sepan dar á los mismos principes ejemplos sublimes de noble y magnánimo desprendimiento.

Hé aquí las razones que se podrían alegar en pró de la idea de que Espartero renunciase la corona; pero entiéndase que yo no las doy, porque no quiero decir nada sobre el asunto. Sin embargo, tambien se me figura que hay otras razones para probar que el expresado candidato debía aceptar la corona, y son las siguientes:

1<sup>a</sup> Si anteriormente prestó juramentos á otra dinastía, ¿qué consideraciones guardó esa dinastía con el hombre que la salvó varias veces? ¡Ah! Los representantes de la tal dinastía le trajeron con una ingratitud que ningún hombre debe olvidar ni en la hora de la muerte: le dieron al mas incalificable olvido, le negaron el acceso legal al poder, le vieron impasibles retirarse del Senado, como si en aquel alto Cuerpo no hiciera falta el primero de nuestros Capitanes Generales, y hasta le declararon encarnizada guerra en los distritos donde trabajaban sus amigos para nombrarle diputado. Hace mal, pues, el general Espartero en no recibir aquella corona que él afirmó en otras sienes, para recibir casi la amarga recompensa que dió la egipcia Nitocris á los que, en premio del servicio que la prestaron regalándola un

trono, fueron inhumanamente degollados.

2<sup>a</sup> Si no toma la corona, porque se la ofrecen hoy los progresistas que ayer desconocieron sus servicios, hace mal; puesto que él es ya un hombre que está por encima de todos los partidos, tanto que habría moderados, carlistas, republicanos y unionistas que le darían su voto para Jefe del Estado, siendo él de seguro en estas circunstancias quien más podría contar con el apoyo de la mayoría de los españoles honrados.

3<sup>a</sup> Si no quiere la corona, porque otros la han deseado, hace mal, puesto que los que la desecharon sabían que en España carecían de prestigio para sostenerse, y el prestigio es lo que le sobra al general Espartero.

4<sup>a</sup> Si rechaza la corona, porque en el estado en que se halla la nación le parece imposible fundar algo estable, y corre el peligro de perder hasta su aura popular en la prueba, hace mal, puesto que el buen ciudadano debe sacrificarlo todo por la Patria.

5<sup>a</sup> En fin, si quiere parecer más verdaderamente grande que los príncipes que se disputan lo que él mira con indiferencia, también hace mal, puesto que el modo de engrandecerse hoy sería, en un hombre como él, poner su inmensa popularidad al servicio del país, para crear una situación sólida que refrenase los impulsos de todo género de facciosos, y perecer en la demanda, si esta era superior a sus fuerzas, ó retirarse victorioso a cultivar sus jardines de Logroño, como volvió Cincinato a labrar sus tierras después que hubo derrotado a los enemigos de Roma.

Estas son, entre otras, las reflexiones con que podría sostenerse que hace mal Espartero en rechazar la corona que se pensaba ofrecerle; pero conste que no las doy yo, sino que las supongo presentadas por cualquiera que tenga deseos de lucirse sosteniendo el pro ó el contra. En cuanto a mí, lo repito, pensando los inconvenientes que hay en defender manifiestas contradicciones, digo que Espartero hace bien y hace mal en no admitir la corona; pero me reservo, como periodista experimentado, las razones que me asisten para decirlo.

EL MORO MUZA.

LIBERTAD.

I.

Una de las palabras más bellas que contiene el Diccionario de la Lengua es la que sirve de epígrafe a estas líneas, cuando no se le da una aplicación viciosa, como suele acontecer, y sin embargo, si hubiera un diccionario aparte para la mujer, era la primera que en él debiera suprimirse.

La libertad no sirve de nada a la mujer, por el contrario, es para ella el mayor de los males.

El yugo es dulce y necesario a la mujer, el yugo es para ella el amparo, la protección, y debe desear solamente que no se lo impongan de hierro, y que aunque ciña su cuello, deje a su corazón y a su pensamiento la facultad de obrar los prodigios de bondad que nuestro sexo sabe llevar a cabo.

Por eso la emancipación de la mujer es un sueño peligroso, y llegaría a ser una gran desgracia si se realizase.

La mujer, para ser dichosa, necesita siem-

pre de amparo y protección, moral y materialmente hablando, y el día que las elude, puede decir que ha arrojado al abismo todas sus probabilidades de dicha, y resignarse a una vida solitaria y triste, que debe considerar como una muerte moral.

II.

Acaso esta necesidad de apoyo en la mujer consiste en su educación atrasada, y en que ningún estudio serio ha venido a endurecer su carácter, y a dar un temple firme a su corazón; mas la verdad, esto a mi juicio, le hace muy poca falta, y con tal que sepa lo necesario para dar a sus hijos la educación moral y religiosa que necesitan, con tal que enseñe a sus hijas a ser buenas esposas y buenas madres, ha llenado por completo su modesta, pero importante misión.

Creo, además, que a ningún español le agradaría para esposa una mujer sabia y científica, que por ir a explicar una cátedra, dejase sus hijos y su casa a merced de los criados.

No es esto que yo alegue por la ignorancia de la mujer: pienso, al contrario, que debe cultivarse con cuidado su espíritu, pues como dice, con mucha gracia, una poetisa amiga mia:

*No porque haya faroles en la villa,  
Ha de estar el hogar sin lamparilla.*

Pero esta lamparilla solo debe encenderse para que su suave luz ilumine a la familia y comunique un dulce y grato resplandor a la casa.

Nunca como hoy es necesaria la mujer en su hogar: en otro tiempo, el hombre era el administrador natural de la fortuna de la familia; el que calculaba y el que cuidaba del porvenir de su esposa e hijos: hoy, sobre todo en Madrid, las discusiones políticas, las juntas patrióticas, los clubs, las manifestaciones en que de continuo pasea las calles, absorben todo su tiempo, y apenas está en su casa las horas precisas para comer y dormir.

Si la mujer se la hace sabia y se le da además la libertad de emplear y lucir su sabiduría, ¿quién velará por la fortuna y por la educación de los hijos? ¿quién por el buen orden de la casa, por la armonía interior, por el bienestar doméstico, único positivo de la vida?

El hombre, fatigado por las luchas de la política, por el malestar y las decepciones que traen consigo los negocios, necesita el fresco oasis, donde descansar del abrasado arenal que cada día tiene que cruzar en el desierto que llamamos vida. Cuanto más se haga difícil el camino, más la compañera que ha elegido necesita hacerle grato y sosegado el lugar del reposo. Al entrar en su casa debe hallar el dulce silencio de la paz y las melodías de la risa, que es la expresión de la alegría y de la felicidad; el orden, que es el bienestar, la armonía, que es la gracia, le harán grata la estancia en su casa, y tal vez, como el ilustre y desgraciado escritor Carlos Bernard, tendrá el buen gusto de preferir el blando sosiego de su salón a las luchas de afuera y a los salones donde impera la ambición.

III.

El dilema es claro, y cualquiera espíritu sano lo puede resolver sin dificultad.

Puesto que el hombre no está jamás en su casa, nunca como ahora ha sido la casa el lugar que debe ocupar la mujer.

Puesto que la mujer hace falta en la casa, y no fuera, lo lógico es que se la eduque para la casa; y que se la enseñe, no solo lo necesario para dirigirla bien, sino lo preciso

para embellecerla: la música, el dibujo, los idiomas, para que pueda conocer la literatura extranjera con perfección, para que pueda elevar su entendimiento, cultivar su espíritu, empaparse en los buenos ejemplos, imitar los modelos de las virtudes.

Y puesto que la mujer tiene dentro de las paredes de su casa tan florido y bello campo donde moverse; puesto que tiene a su cargo la noble tarea de hacer la dicha de los suyos; puesto que le es dado pensar y sentir, para qué necesita de libertad y para qué ha de dársela?

¿Qué puede hacer de su libertad la huérfana que ha perdido a los autores de sus días? ¿A dónde irá sola? ¿Podrá viajar? ¿Podrá presentarse en los salones, sin una compañía respetada y respetable? ¿Podrá recibir a sus amigos? ¿Qué hará, pues, de su libertad? ¿Qué objeto tiene? La libertad completa se llama y debe llamarse *aislamiento* tratándose de la mujer, que se mueve en una esfera muy limitada, esfera de sentimiento y no de pasiones e intereses materiales.

La que pierde a un marido a quien amaba, la pobre viuda, ni estima su libertad, ni hace tampoco uso alguno de ella. ¿Qué hay comparable al lazo de flores de una unión feliz? ¿Qué hay en el mundo más bello que las dulces alegrías de una unión legítima, bendecida de Dios, aprobada por los hombres, sancionada por todas las leyes morales, indisoluble por las armonías del alma y por las afinidades del espíritu? Y cuando todo esto se ha perdido, ¿hay acaso fuerza en el alma para tratar de buscarlo de nuevo? ¿Hay probabilidades de hallarlo, aunque se busque? ¿Qué es la libertad, cuando se ha perdido aquel bien inapreciable, que es tan raro en la vida, y por lo mismo, tan precioso? Las vulgares coqueterías y los afectos vulgares, ¿podrán llenar aquel vacío?

IV.

Aun la mujer que ha quedado libre, por la muerte de un marido que valía poco, queda más oprimida con su libertad que antes se hallaba con su esclavitud, porque en el mismo sufrimiento, llevado con resignación, hay siempre cierto consuelo, como compensación otorgada por el cielo al deber cumplido; pues la vida sin deberes es una vida estéril, triste, mas triste que la que tiene rudas obligaciones que llenar.

Es preferible vivir en el dolor a vegetar sin emociones y sin afectos; es preferible sufrir a no sentir nada.

Las palabras *deber* y *sacrificio* son incomprensibles para las almas débiles y los espíritus viciados; mas para las organizaciones escogidas y nobles están llenas de encanto, y en el cumplimiento del deber, en la abnegación del sacrificio, hallan sublimes compensaciones.

¡Ay de aquella que no tiene deberes que cumplir! Mas ganaría en tenerlos muy rudos!

Solo cuando la mujer ha llegado al invierno de la vida es cuando puede considerarse un tanto libre, a costa, sin embargo, de estar más aislada. Con los cabellos blancos puede salir, recibir e ir a los espectáculos, sola, a su gusto; pero já cuan subido precio habrá comprado esa independencia!

—La vida acaba donde termina el amor, dice San Bernardo, y nunca como en la vejez se ansia inspirar y sentir aficiones verdaderas y legítimas.

Amemos los lazos que nos unen al *deber*, y no ambicioneis una libertad, de que no sabemos que uso hacer cuando el alma conserva su santo pudor.

ZORAIDA.

EL FESTIN DE ALDAMA A JORDAN.



Los brindis menudean tanto que Doña Emilia entusiasmada brinda su par de banderillas al héroe de la fiesta.

LA NUEVA EXPEDICION CONTRA LA ISLA.



Una batea con unos cuantos trapos viejos. Se solicita un buen jabon para limpiarlos.



Agarrada de mambises por el bravo MONTANER.

## LA HIDROFOBIA.

Tengo yo una costumbre que, aunque sea mia, bien puedo alabarla, porque es muy buena; tengo la costumbre de respetar á los muertos, no por supersticiosos temores que nunca he conocido, pues desde mis primeros años comprendí que los hombres dejan de ser inofensivos en cuanto cierran el ojo, sino porque se me antoja que los rigores de toda justicia humana deben detenerse al borde de la tumba. Lo he probado así mas de cuatro veces, no volviendo á decir nada contra mis enemigos, desde que supe que habian dejado de existir, y ardo en deseos de probarlo con el mismo Céspedes, á quien respetaré tan pronto como él haya sufrido el castigo de sus maldades. Sí, señores;

Dejen ustedes que caiga  
Prisionero ese mal hombre,  
Como caerá, yo lo espero,  
Aunque se esconda en los montes;  
Dejen ustedes que llegue  
A esta capital, en donde,  
Bigamo, nuevas esposas  
Será natural que tome;  
Dejen ustedes que sufra  
La operacion del garrote,  
Que es la que le cuadra al jefe  
De bandidos y traidores;  
Dejen ustedes que muera,  
En fin, y verán entonces  
Cómo, ni acordame quiero  
De su despreciable nombre.

Así es que, si hoy hablo del mayor de los hermanos Agüero últimamente ajusticiados, no es para ensañarme con un difunto, sino para confirmar con la conducta que en vida tuvo aquel desgraciado, un importante descubrimiento.

Tiempo hacia, lectores, que, observando yo á los enemigos de España, decía para mí: estos están malos.

Verdad era que ellos comian bien, que para eso sus padres, en general buenos españoles, habian trabajado con ahínco á fin de dejarles buena fortuna; cierto era tambien que dormian perfectamente, como que vivian bajo un gobierno tan paternal, que en todo pensaba menos en turbar su sueño. Además, no les dolia nada, porque, aunque ellos se quejaban mucho, sabido es que se quejaban de vicio. Y sin embargo, aun sabiendo yo que comian bien, que dormian mejor y que no les dolia nada, insistia en decir constantemente para mis adentros: estos están malos; pero muy malos.

Faltábame, no obstante, diagnosticar su dolencia, cosa que no pude lograr por entonces. ¿De qué sufrian? ¿De imbecilidad? Algo habia de eso, porque si el refran dice que ningun bobo tira piedras á su tejado, mas que bobos, estúpidos é imbéciles debian ser los que disparaban dardos envenenados contra su propia genealogía. ¿Tendrian tercianas? Algo de eso habia tambien, porque en su fiebre revolucionaria observaba yo intermitencias, tanto que cuando los muy bellacos hablaban con un buen español, sobre todo si le pedian algo, le adulaban con tal serenidad, que diríase que se les habia pasado la calentura, cuyo súbito recargo se hacia patente tan pronto como se juntaban con

cualquiera de sus iguales, los otros renegados. Figurábase me con frecuencia notar en ellos algo de cólera, y no me equivocaba mucho, puesto que bien coléricos estuvieron siempre los desdichados, solo que su cólera, como procedente del Africa y no del Asia, no les mataba rápidamente, y cuando mas les hacia experimentar calambres reformistas que les obligaban á poner cara de condenados. Por ultimo, al notar su desasosiego y las dificultades con que luchaban para sentarse, hasta creí que tendrian hemorroides autonómicas, enfermedad que debe enjendar un humor del demonio, segun lo están haciendo ver los fenianos.

Pues bien, lectores; ahora puedo decir que me equivocaba entonces, porque lo que nuestros enemigos padecian era el mal de rabia, dolencia que entre ellos tomó un carácter epidémico hasta hoy desconocido.

En efecto, la pasion política que puso á los hijos de los españoles en la situacion en que hoy se ven, renegando de su Pátria y de su sangre, no pensando mas que en hacer daño á sus amigos tanto como á sus antagonistas, ahullando melancólicamente, ellos que solo ladraban mientras hablaron de reformas; mordiéndose los uunos á los otros y arrojando asquerosa baba en todas direcciones, mientras encandilan los ojos, por los cuales quisieran arrojar chispas capaces de abrasar á toda la isla de Cuba, ya no merece el nombre de pasion tanto como el de hidrofobia.

Poco me importa que se me niegue la propiedad de la voz por razon de la etimología, diciendo que hidrofobia quiere decir «horror al agua», y no horror á la bandera española, que es lo que mas se manifiesta en los incuables libertadores; porque así como así, los médicos han observado últimamente que, lejos de tener horror al agua los perros rabiosos, suelen beberla y la apetecen, aunque experimentan dificultades para tragárla, sin embargo de lo cual, seguimos diciendo de los animales que rabian, que padecen hidrofobia.

Entendamos, pues, por hidrofobia una enfermedad que pone furiosos á los que la sufren, que les priva del conocimiento durante los accesos de ferocidad que produce, de tal modo, que hay que sujetar á los dolientes con fuertes ligaduras para que no muerdan; que tiene en fin la muerte por término inevitable, y digáseme si lo que padecen nuestros desventurados enemigos no merece llamarse hidrofobia.

Ya sé yo que estos no tienen horror al agua, y antes al contrario, los que andan por la manigua, de buena gana surcarian las olas del mar en direccion á los Estados Unidos, si no temieran tener el paradero de los fugitivos que se refugiaron en el cayo Guajaba; pero como yo no hallo tangible diferencia entre los perros rabiosos que muerden á todo bicho viviente que se les pone por delante y los mambises que, ya en Alvarez asesinan á un pobre viejo y á todos sus hijos, entre ellos un infeliz jóven que estaba baldado, ya en el Camagüey hacen á machetazos picadillo de

cuatro débiles mujeres, una madre y tres hijas que iban á Puerto-Príncipe á solicitar indulto, &c. ¿por qué no he de ver en los libertadores de Cuba perros rabiosos, y decir que en ellos está caracterizada la hidrofobia?

Mas hay, lectores míos; en todas partes, el hombre que acepta un indulto, sabe mostrarse reconocido, y el que no quiere verse ligado por los lazos de la gratitud, hace lo que el famoso revolucionario Barbés, que, puesto en libertad por Napoleon III, se presentó en Paris diciendo que rechazaba el indulto que se le concedia, y dió las señas de la casa donde podia ir á prenderle la policia. El que obra de ese modo, podrá estar equivocado en la senda que sigue; pero es sin disputa un hombre honrado, digno y decente.

¿Qué hacen muchos de los enemigos de España? Dígalo el infame Lanza, que habiéndole quitado el grillete las autoridades de la Península y despues de pasearse por Madrid, donde es seguro que se veria obsequiado por los mismos á quienes odiaba sin saber por qué, vino á la América del Norte á desahogar su rabia contra los que le habian perdonado. ¿Qué hizo tambien el mayor de los hermanos Agüero? Este desgraciado aceptó dos indultos, uno el de la pena de muerte que le otorgó el bravo Conde de Valmaseda, y otro el de la pena de presidio que al llegar á Cádiz le concedió el Gobierno Supremo. ¿Y cómo pagó los dos grandes favores que habia aceptado? Volviendo á la manigua tan pronto como le fué posible, para seguir encarnizándose contra sus bienhechores. No, los que obran así, no gozan buena salud, ni tienen esas pasiones políticas que no están reñidas con los sentimientos hidalgos: los que hacen eso están rabiosos; tienen lo que se llama hidrofobia.

Es preciso, pues, acabar con esos desgraciados, por bien de ellos mismos, como se abrevia la muerte de los ordinarios hidrófobos para acortar sus padecimientos. La compasion es crueldad en casos semejantes, y poi humanidad quiero yo dejar de ser compasivo. ¿Hay rabiosos de manigua que insisten en no vivir bajo nuestra generosa bandera? Duro en ellos! ¿Hay rabiosos emigrados que todavía se embarcan para hacernos la guerra, despues de saber que la insurrecion está espirando y que espera el cadalso á los contumaces? Duro en ellos! Y á las mazaderias que escriban los periódicos asalariados por los laborantes en cualquiera parte del mundo, sobre la severidad con que aplicamos la ley á los criminales, contestaremos diciendo que, sobre no reconocer en los extraños el derecho de mezclarse en nuestros asuntos, aquí exterminamos legalmente á los perros rabiosos, porque es justo, y porque á ellos mismos les conviene morir, segun aquello de: *Muerto el perro, se acabó la rabia.*

AMURATES.

## NOTICIAS GRAVES.

Para que vean Vds. lo que son los mambises; es cosa de nunca acabar, si empieza uno á contar lindezas de ellos. Son los ani-

males mas raros que se han conocido desde la creacion.

Y lo digo muy formal,  
Sin que ninguno se asombre,  
El mambi es un animal  
Que no se parece al hombre.  
Yo quisiera que Cubí,  
El frenólogo instruido,  
Hubiera reconocido  
La cabeza de un mambi.

Ahora salimos con que el sinsonte que se voló de la enramada á la manigua, está ya arrepentido de lo que ha hecho. Eso ya me lo esperaba yo, y estoy seguro de que á cada mambí le sucede lo mismo, excepto tal vez á los padres de la insurrección que han encontrado una mina en ella; porque hay que desengañarse, señores, cuando las cosas se sacan de su quicio, cuando salen de su verdadero cauce, tienen que producir mil calamidades. Está probado que los patriotas son lo mismo en todos los países. Todo por la Patria, dicen; todo por su bien. Y la verdadera patria son ellos, y el verdadero bien el de sus bolsillos. Desgraciados de los ilusos que se dejan arrastrar por las bellas frases y la hojarasca de todo el que la echa de patriota. De seguro que le sucede lo que á mí, que me dejó llevar de reflexiones graves, y no sé á donde iré á parar. Pero volvamos á mi sinsonte.

Como quiera que me dediqué á espiar al mayor de sus hijos, porque lo creía *laborante* y en inteligencias con él, tanto hice que, por fin, topé con una carta que no sé como vino de la manigua. Era una carta del papaito á su hijo primogénito, ¡y qué carta! puede arder en un candil por las bellezas que encierra. Por supuesto que, como era mozo de humor, y había cantado en la enramada, se acordó de sus buenos tiempos, y en medio de los males que le aquejan, se lanza á versificar de cuando en cuando, ó á *versar* que era como él decía.

Allá vá la muestra de todo:

«Querido hijo: lee, y escarmienta en la cabeza de tu papaito; y aprende para que nunca te dejes engañar por los que tratan de regenerar el mundo y reniegan de la madre patria. Dios los confunda y les tome en cuenta las desgracias que han ocasionado. Por de pronto, ten entendido que Céspedes y comparsa no aman á su país, ni mucho menos; lo que aman es su bolsillo, y han creído que por medio de la insurrección lo tendrán siempre lleno; pero se han llevado el mismo chasco que yo me llevé al pasarme á la manigua. Tienen llenos los bolsillos; pero es del papel moneda de la república cubana, que es verdadero papel mojado. ¡Pobres de los que han creído en él! Si yo hubiera sabido lo que me esperaba!»

Yo volé de la enramada  
Y me posé en la manigua,  
Sin comprender para nada  
Que me estaba reservada  
Una suerte tan exigua.  
Animado de un ardor  
Que ahora explicarte no puedo,  
Solo ví en mi derredor  
Muchos mambises con miedo  
Y mambisas sin pudor.  
Y con el alma que estalla  
Por la vergüenza sufrida,  
Ví en la primera batalla  
Que el valor de esta canalla  
Es el valor de la huida.  
Aunque sé que no murió  
La que al mundo te ha traído,  
Segunda vez fui marido;  
Un prefecto me casó,  
Siguendo lo establecido.

Figúrate tú, chico, cómo me las compondría yo, casado con una mambisa que hacia tiempo andaba por los montes como nuestra madre Eva en el Paraíso; pero antes, mucho antes de haber comido la manzana; porque aquí la ropa es artículo de lujo, y aquél á quien se le rompe la que trajo, queda hecho un san Sebastian.

Si el matrimonio, que es el paso mas grave y trascendental que se dá en este mundo, suelde salir un ciempiés, haciéndolo por la Iglesia y como Dios manda: figúrate tú como saldrá hecho por un Prefecto descalzo y medio en cueros. Y esto les gusta á ellas; ¡oh! te juro por lo mas sagrado, que para estas cosas y otras por el estilo, ellas son las peores.

Si yo viera los toros desde lejos, y no estuviera metido en la danza, como lo estoy, te digo que sería cosa de desternillarse de risa el ver como se anda por aquí.

Siempre corriendo: no se duerme, no se come, no se vive con tranquilidad ni un momento: á lo mejor y cuando mas descuidado se encuentra uno, las fatídicas frases: ¡que viene tropa! ¡que llegan los españoles! lo echa todo á rodar, y en entonces es de ver como se corre y se corre hasta reventar. Hay hombre que desde el grito de Yara no ha hecho otra cosa, y las horas que median de entonces acá, las cuenta por las carreras que ha dado. La trompeta del juicio final no causará tanto efecto como causa aquí el toque de una corneta.

Dicen que á los presentados los tratan muy bien por ahí: lo creo, aunque aquí tratan de hacernos creer otra cosa. Lo creo, porque conozco la proverbial hidalgüía española. Así es que, en cuanto encuentre una ocasión, corro como he corrido desde que vine, pero será hacia donde haya soldados ó voluntarios, para abrazarme á ellos y abjurarme de mis antiguos errores. Precisamente sé correr bien; es lo único que se aprende aquí. Creo que me seguirán muchos; todos esperan una ocasión.

Me han hecho á mí también Prefecto de pocos días acá; esto se consigue con suma facilidad; en teniendo un poco menos de vergüenza que los demás, caso de que esto sea posible, y meneando bien los pies cuando tocan á tomar las de Villadiego, se sube como la espuma, y se corre en los ascensos con tanta rapidez como cuando se hueye. ¡En dónde y por dónde hubieran sido generales Goicuría, Quesada y otros del mismo jáez, sino entre esta canalla, y en medio de este laberinto, en el que ninguno se entiende y todos mandan menos el amo.....? De manera, chico, que como soy Prefecto, ahora caso á cualquier *quidam*, lo mismo que me casaron á mí. ¡Oh! esta clase de casamientos es una bendición de Dios. Pero ni por esas; me voy con vosotros en cuanto encuentre una ocasión: vale mas ser presidiario entre españoles que general con esta canalla.

A la Habana me vuelvo  
Te lo quiero decir,  
Aunque me hagan Prefecto  
De la turba mambi.

La libertad aquí no es una mentira: la hay en la mas lata acepción de la palabra, el tuyo y el mio han desaparecido; nadie tiene derecho á nada y lo tienen todos. Lo mismo se vá una mambisa con el marido de otra, que con el suyo, y lo mismo se vá su marido con la mujer de otro que con la suya; el Prefecto que los casó dice que eso no es malo, y como les conviene creerlo, lo creen. En cuanto á los negros, no hay quien los baraje: les han dicho que son libres, y ni á los amos que antes tenían quieren servir: algunos hay

que enamoran á sus antiguas amas, y estas no tienen mas remedio que aguantarlos; verdad es que hay ama que no mira con malos ojos al negro que la enamora.

En fin, chino mio, esto es un infierno: casi nunca comemos, y cuando lo hacemos es muy mal; no vestimos sino andrajos, y calzamos botines de lodo, cuando pasamos por donde lo hay, y siempre corre que corre! hueye que hueye!

Hemos sabido que han dado garrote á Goicuría y á los Agüeros: yo por mi parte me alegro, tres pícaros menos; pero estas gentes están desde que lo han sabido tan asustadas, que si tuvieran camisa, no les llegaría al cuerpo, temiendo que les pesquen y hagan con ellas lo mismo.

Adios, dá mis recuerdos á tu madre, y dile que no pase pena porque me he casado: es casamiento civil, que quiere decir que es como si no lo hubiera hecho.

Que no se apure por nada;  
En la manigua la hallé  
Y en ella la dejaré  
Cuando toque retirada.

Procura hacer comprender á tus hermanitos lo que estoy pasando, y diles que se agrupen todos bajo el pabellón español; que él nos cobijó cuando nacimos, á él debemos lo que somos, y todos los buenos pueden envolverse en sus pliegues, seguros de que nadie osará tocarlos allí.

Quiera Dios que pronto pueda daros un abrazo, si es que antes no reviento de tanto correr.

Adios.»

¡Qué les parecen á ustedes las esplicaderas de este mozo? Se conoce que le vá bien por allá. Pues así les sucede á todos; quitando media docena que han creido hacer el caldo gordo engañando á los incautos con la palabra libertad, todos los demás son víctimas de aquellos.

Concluyo diciendo que  
Puede arder en un candil,  
Esa turba sinsontil  
Que á la manigua se fué.

CIDE HAMETE BENENGELI.

#### LOS AMIGOS.

Tengo mil clases de amigos,  
Pero, Dios mío, ¡qué clases!  
Por una cosa ó por ciento,  
Todos son insoportables.

Uno tengo á quien le ha dado  
Por hacerse *dilectante*,  
Que está abonado á la ópera  
Y canta en mil sociedades.

Y cada vez que me encuentra  
Me entona con voz de chantre  
Caforce ó quince romanzas  
Que no pueden soportarse.

Tengo un amigo bromista  
Que ninguna gracia me hace;  
Mas todos dicen que tiene  
Un bellísimo carácter.

Me da un palo en el sombrero,  
O me empuja al encontrarme,  
Y como es *broma*, no hay medio,  
Es necesario aguantarse.

Tengo un amigo que siempre,  
Cuando me encuentra en la calle,  
Lo primero que me dice  
Es que le preste *diez reales*.

Y el amigo franco, amigo  
De la raza mas infame,  
Que en vez de decir franquezas  
Me dice barbaridades,

Y asegura á todas horas  
Y siempre para probarme  
Que es franco, que lo que escribo  
Es de lo mas detestable.  
Y el amigo susceptible,  
Que en la mas sencilla frase  
Encuentra un doble sentido,  
Y busca al momento un lance.  
Y el amigo enamorado,  
Que me refiere detalles,  
Y que me pide consejos  
Que yo nunca quiero darle.  
Y el amigo confidente,  
Que no hay una vez que me halle  
Que no me cuente un secreto  
Que no hay para qué contarme.  
Y los peores de todos,  
Los amigos respetables,  
Que piensan que lo son mios  
Porque lo son de mi padre.  
Y que me han visto nacer,  
Segun dicen muy formales,  
Como si para parirme  
Hubiera estado mi madre  
Teniendo á sus conocidos  
Y conocidas delante,  
O me hubiera dado á luz  
En el medio de la calle.  
Y el amigo consejero,  
Que siempre ha de aconsejarme,  
Por lo mucho que me quiere,  
Diez ó doce atrocidades.  
Y el amigo cariñoso,  
Que me ahoga al abrazarme,  
O me destroza la mano  
Con un cariño entrañable.....  
¡Canasto con los amigos!  
Váyanse todos al diantre:  
Quiero vivir como un hongo,  
Sin ser amigo de nadie.  
El primer hombre que fué  
Amigo de un semejante,  
Merecia cuatro tiros  
Por fundador de la clase.

BOABDIL, EL CHICO.

—  
A DORILA.  
SONETO.

Ora miro la mar, que con pereza,  
Libre del Noto que la torna airada,  
Duerme tendida, tersa y sosegada,  
De su lecho profundo en la grandeza.

Y así miro á mi amor: que á tu belleza,  
Dormida está mi alma enamorada,  
Temiendo marchitar con la mirada  
Las flores de tu nítida pureza.

Pero si alguna vez brota, sencilla,  
Una perla en tus ojos, hechicera,  
Perdone la pureza mis agravios;

Porque al verla rodar por tu mejilla,  
¡Ay! roto el corazon allí muriera,  
Si no la recogiese con los labios.

PEDRO DE NOVO.

Habana Mayo de 1870.

—  
MISCELANEA.

Un grande de Portugal, hablando con un grande de España, le dió el tratamiento de Excelencia; pero el castellano solo concedió al portugués el de Señoría. Picado el lusitano, dió el Señoría tambien á nuestro compatriota, que entonces concedió al portugués el Excelencia, y así continuaron hasta que el pobre lusitano preguntó: ¿Por qué me deis *Usia* cuando yo digo *Vuecencia*, y me con-

cedeis este último tratamiento cuando yo digo *Usia*?—Porque todos los tratamientos me son indiferentes, con tal que no haya nada de comun entre nosotros dos, contestó el castellano.

—  
Vaya otro ejemplo de antagonismo. Una señora de quien habla la célebre Cristina de Suecia, y que se llamaba madama *La-Suze*, no solo se separó de su marido, sino que se hizo católica, porque él era protestante. Preguntáronla por qué lo hacia y contestó: porque no quiero ver á ese hombre en este mundo ni en el otro.

—  
Pues ni mas ni menos que como la mujer y el marido de quienes se habla en el párrafo anterior, están hoy entre sí los mambises y los laborantes.

Aldama, Piñeiro y Mestre,  
Desde Nueva-York, muy serios,  
A voces llaman cobardes  
A los pobres *manigüeros*.  
Y cuando cobardes llaman  
Los de fuera á los de dentro,  
¿Qué no dirán los *mambises*  
De Aldama, Mestre y Piñeiro?

—  
Pero los laborantes entre sí están mucho peor; tanto que Mestre ha hecho rudísima oposición al manifiesto del comandante Dón José de Armas y Céspedes, digno ayudante del generalísimo Quesada. ¿No decían que Mestre era un mándria, cuando vemos que se atreve con un hombre de tal génio militar que en un abrir y cerrar de ojos se ha hecho comandante, sin necesidad de batirse?

Hacer guerra á un *comandante*,  
Que hasta en el nombre está *Armado*,  
Nos prueba que es el tal Mestre  
Un valiente..... mentecato.

—  
Y no, á mí no me choca que los que han formulado las reglas de la traición hayan dado muchos ascensos de una vez á D. José de Armas y Céspedes, que es el *non plus ultra* de los traidores. Lo que me llama la atención es la modestia de ese ciudadano que, pudiendo tomar desde luego una faja, se contentó con los galones de comandante. ¿No querrian dársela? Pues venga por ella en una de esas expediciones que se anuncian.

Venga lleno de coraje  
D. Pepito el bien *Armado*,  
Y pronto verá, asombrado,  
Como hay aquí quien le *faje*,  
Ya que allá no le han *fajado*.

—  
Pero no vendrá, porque se ha dispuesto que los que salgan del Norte para las maniñas de Cuba, salgan desarmados, y es bien claro que donde esté D. Pepito no puede menos de haber *Armas*, como donde se halle D. Emilia tiene que haber banderas. Sobre todo, no vendrá, no queriendo hacer *armas* contra nadie, por lo que tronar pudiere;

Pues sabe bien el pobre hombre,  
Aunque es dado á las alarmas,  
Que no es lo mismo *hacer armas*  
Que tenerlas en el nombre.

—  
Una señora que vivia en una ciudad de provincia, escribió á otra que residia en la corte, suplicándola que le buscase un preceptor joven, guapo, buen mozo, inteligente, instruido, atento, dócil, trabajador, fiel, bondadoso &c. La señora de la corte contestó al cabo de algun tiempo: «Muy señora mia: he buscado el preceptor dotado de las cualida-

des que V. enumera, y aun no he podido hallarle; pero seguiré buscándole con empeño, y tan pronto como lo encuentre..... me casaré con él.

—  
Otra señora llevaba tan lejos la pureza de las costumbres, que se dice que reprendió á su mayordomo, porque en un mismo estante de su biblioteca había puesto libros de autores de ambos sexos. Del mismo calibre debe ser D. Emilia, que parece que ha escrito á Céspedes regañándole por haber consentido que formen juntos ciertos mambises; pues dice, por ejemplo:

Que repugna en ocasiones  
A las púdicas personas,  
El ver en las formaciones  
A los mambises *varones*  
Con los mambises *Varonas*.

—  
El dia 18 llegó la 1<sup>a</sup> compañía del 7<sup>o</sup> (á que tiene la honra de pertenecer el director de EL MORO) de Bahía Honda, donde ha dejado los mas gratos recuerdos. En el muelle de Luz, el jóven sargento de Voluntarios de Caballería, D. Antonio Gonzalez, leyó á nombre de sus convecinos una patriótica despedida que por su extensión sentimos no poder insertar aquí, la cual fué contestada por los oyentes con *vivas* á España, á Cuba española, á los Voluntarios de toda la Isla y á todos los habitantes de Bahía-Honda.

—  
El mismo buen éxito que en Matanzas ha alcanzado en el teatro de Tacon el lindo drama de circunstancias, que el buen hijo de Asturias, D. Manuel Calvo, ha escrito en prosa y verso y se titula: «POR JUSTICIA Y POR LAS ARMAS.» El público lo ha acogido con entusiasmo, de lo cual se felicita por duplicado el MORO, que lo vió antes de ponerse en escena y lo juzgó digno de la recompensa que está recibiendo. Ese drama, en que el autor revela no comunes dotes, está dedicado á nuestro excelente amigo el distinguido patriota D. Antonio Alvarez, y sabemos que se repetirá hoy domingo, por lo que felicitamos al público, al autor y á la empresa.

—  
Decididamente Cabrera cambió la casaca; tanto que ha escrito una constitución en que establece cámaras, tolerancia religiosa, &c. ¡Vayan ustedes luego á decir que no se progresá en el dia!

Verdad es que Tenaquero, Tejado, Villoslada y demás consejeros de D. Carlos, están por retroceder á los tiempos de la hoguera; pero progresar hacia atrás ó hacia adelante, todo es progreso.

En cuanto á D. Carlos, él sabe que Cabrera le daba algunas probabilidades de triunfo, y que los amigos que le rodean se las quitan todas; pero el buen señor no quiere tanto reinar como que le adulen, y se saldrá con su capricho, pues ni reinará en España, ni le faltarán aduladores..... mientras pueda mantenerlos.

SOLUCION Á LA CHARADA ULTIMA.

No nombro lo que mal huele  
Y en toda casa incomoda.  
Cano quedó D. Rodrigo  
Por la que Cara se nombra;  
Saca relojes Quesada,  
Sin sano intento, y aun joyas;  
Vaca come el que la tiene,  
Y en vano turba rabiosa,  
Tremolar suele banderas  
De la vieja Casanova.